

Jorge Iván Gómez *

España en América

Introducción

Agradezco a la Doctora Patricia Noguera la felicidad de estar aquí entre ustedes, y tener la ocasión de compartir los dolores y angustias del acercamiento a una noche oscura para la cual no hubo en nuestro país, ni un Sarmiento o un Martí.

Quisiera dedicar estas líneas a las personas que saben que vivimos con los otros, y que es nuestro comercio con ellos como aprendemos de nuestros errores y miserias, de nuestra senda la cual continuamos con la confianza de que no por siempre será necesario para estar en esa mitología, en los símbolos que llamamos cultura.

En especial quisiera concitar la presencia de dos hombres que plantaron en mí dos inquietudes sin las cuales probablemente estaría entregado a «las exigencias espirituales más pobres y de peor capacidad expresiva». Con Belford Fabio García aprendí los riesgos e injusticias de la acción, y salí convencido que la acción pensada no solo ayuda sino que salva. Con Rubén Jaramillo y en especial con su revista *Argumentos*, aprendí que pensar es una cosa lo suficientemente seria como para que cualquiera ande por ahí tonteando con ella, y que la tradición no nos habría sido negada. Que bastaba, valerse del propio entendimiento y

atreverse a saber para tener una mirada clara con el fin de poner en su sitio los hombres, los acontecimientos, y las cadenas de estos a los que llamamos procesos.

Una tradición que solo se salva por la acción será la mezcla que nos permitirá mantenernos «erguidos ante los tránsfugas de la banalidad y la intolerancia que han detenido el curso de la inteligencia en el momento en que debía mostrarse más vigilante». No es posible para una inteligencia libremente oscilante tranquilizarse porque uno o dos casos se han logrado, ha de seguir hasta el fondo con ansia de perfección, sintiendo que el ser hombre consiste en buscar formas del pensar y del sentir nuevas o viejas, para dudas nuevas o viejas.

En el año de 1989 con muy poco camino recorrido, pero sabiendo cual era la diferencia que había entre Pedro Henríquez Ureña y Guillermo Valencia, o entre Marta Traba y Gonzalo Arango había emprendido con unos comprensivos amigos un sueño al que pusimos por nombre «Sol Piedra Corporación Cultural». El 17 de Marzo de este año vino Juan Guillermo Gómez García a dictar un par de conferencias en las cuales desmitificó una serie de figurones, para emplear la expresión de González Prada, que metida en nuestra historia política nos hacía creer hasta

ese momento que vivíamos en una democracia ideal. Hoy el motivo de mi charla es continuar esa línea con la «convicción de querer ofrecer un renovado sentido académico polémico sobre el fracaso del liberalismo en Colombia y el peso de la peor tradición hispánica cuando hablamos de modernidad. Esta charla, como aquel número de la revista *Investigar* con el cual desperté a la reflexión de nuestros problemas utilizando la mejor tradición americana y europea, queda como un instrumento de militancia histórica para un pueblo que merece mejor suerte.

En el discurso conmemorativo de la Universidad de Santiago de Chile en 1849, el venezolano Andrés Bello preguntaba ¿Estamos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia sin atreverse a discutirlas?. Nuestra civilización será juzgada por sus obras, y si se la ve copiar servilmente a la europea ¿Cuál será el juicio que formarán de nosotros un Michelet, un Guizot? Dirán, América se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados, remeda las formas de nuestra filosofía y no se apropiá su espíritu. Espíritu que es esencialmente moderno, que da la circunferencia entera y al que damos el nombre de crítica.

* Abogado. Conferencista invitado al curso de Contexto Modernidad Postmodernidad.

1. ¿Por qué un tratamiento de conjunto?

El ensayista venezolano Mariano Picón Salas en su libro *De la conquista o la independencia* dice que América Latina no fue una África más, pues al repartirse entre los imperialismos del siglo XIX, conservó la unidad por hablar una sola lengua: El español, pero así como él lo demuestra en su libro y a su lado Pedro Henríquez Ureña, o José Luis Romero o para nuestro caso Baldomero Sanín Cano, la unidad también estaba en la historia, en la cultura de esta América «que aún reza a Jesucristo y aún habla el español».

La unidad de los países ubicados al sur del Río Grande «fue postulada por la Europa conquistadora y colonizadora. No existía antes ni existió intrínsecamente después pero los impactos europeos sí fueron homogéneos en toda su área y crearon cierta unidad en el armazón del área de mestizaje y culturización que se constituyó. Con ligeras variantes, el régimen de la tierra y los lazos de dependencia que sujetaban a la población indígena se establecieron según normas semejantes en toda el área hispánica y en el área lusitana, y condujeron a la creación casi súbita de una singular estructura socioeconómica que constituyó el fundamento casi incombustible de la vida social». Una vida social que se desarrolló en homología con la Europa y que tuvo hasta muy entrado el siglo XX, tal vez hasta la crisis económica de 1929, como telón de fondo el conflicto entre la ciudad y el campo. Cada grupo fue moldeando sus actitudes, delineando su propósito, y creando su propia ideología.

No eran muchas las diferencias que había entre las tradiciones culturales de España y Portugal. Crearon un conjunto de instituciones análogas, «fuera de las cuales, empezó a elaborarse trabajosamente un mundo marginal», cuyo rasgo fundamental fue la creación

de una sociedad de criollos. Mal vistos en España entendieron que América era su tierra, la única que tenían y en la cual bien o mal nacían y morían.

Al lado de la creación de la sociedad de criollos, los años que transcurrieron entre los siglos XVI y XVIII, hasta la llegada de Borbones, y concretamente de Carlos III, fueron el escenario de uno de los proyectos más defensivos y cerrados ocurridos en la historia universal. La nación española que hasta enero de 1492 estaba en guerra con los mahometanos, encontró en octubre del mismo año el imperio de las Indias Occidentales, y con ello el Feudalismo de Castilla fue fortalecido. De ahí en adelante el conflicto algunas veces soterrado y otras veces abierto que había entre la burguesía en ascenso y el antiguo régimen, fue resuelto en España a favor de este último. Se expulsaron moros, judíos, marranos y conversos, y se creó el tribunal de la Santa Inquisición.

Carlos V, (I de España) imaginó el mundo como un imperio católico universal y Felipe II continuó la temeraria empresa. España era el brazo armado de la contrarreforma y la diferencia entre el poder temporal y el poder espiritual, no tocó las mentes españolas que encontraron en Tomás Molina, Francisco Suárez y Vitoria los hombres adecuados para la resurrección o más bien para la no interrupción de la escolástica. Más allá de los pirineos, la conciencia moderna desplegaba su descomunal, y por qué no decirlo, incompleto proyecto.

Es cierto «que la conquista de la tierra americana, la exploración de las vastas extensiones, la fundación de ciudades y los primeros intentos de colonización, se hicieron bajo el signo renacentista de la aventura; la España de los Austria no es siempre la misma a lo largo de los dos primeros siglos de la conquista». Carlos V en la Batalla de Metz había perdido para España el imperio europeo de vieja tradición medieval, y surgía ante

sus ojos el nuevo imperio de Indias exóticas y prometedor. La conquista ese «conflicto de gentes y antagónicas formas de vida, esta colisión de razas y economías, de técnicas y religiones, sufrió los cambios que se presentaron en la Casa de los Austrias. Como dice Romero «Felipe II quiere ser monarca español y católico y su acción, con su refugio en El Escorial, se dirige a lograr esa aspiración. Había que destruir lo que contradijera esos principios, aunque se borrara el vasto repertorio de posibilidades.

Sólo hispanidad y catolicismo satisfacían el ideal espiritual del monarca y sólo estas tendencias se toleraron en la casta zona de influencia de la acción real. Sólo para una guerra implacable contra los enemigos tradicionales de España -para la Francia culpable de tibieza católica, para el turco declarado enemigo de la fe- parecía servir la riqueza que llegaba de América, en tanto que se menospreciaba el impulso del renacido esplendor económico de Europa, sin que se hiciera esfuerzo alguno para incorporar a España a la carrera mercantilista que comenzaba entre las potencias del continente.

Con el candado y la llave Felipe II encerró a España. Así comenzó a cristalizarse bajo su forma típica el catolicismo español, que persiguió a los erasmistas, falsificó el pensamiento de Maquiavelo, y se aferró a la defensa de los principios que consideraba fundamentales.

La sucesión real de los Austrias que arranca con Carlos V, Rey entre 1516 y 1556, sigue con Felipe II quien ocupó la silla real entre 1556 y 1597, a este lo reemplazaría Felipe III quien estará en el trono de 1598 a 1621; el incompetente Felipe IV habitará El Escorial de 1621 a 1665, para terminar con Carlos II en el año de 1700 la ininterrumpida serie.

La guerra de sucesión pone en el trono de España a Felipe de Anjou de la casa

de los Borbones y lentamente el despotismo ilustrado, y la filosofía de la ilustración, hacen su entrada en España y América.

Es otra vez la fuerza y el ímpetu de la Europa conquistadora y colonizadora, para esta época representada con Inglaterra, la que a través del mercantilismo y su impacto moldea la unidad de América Latina.

Con las reformas de Carlos III, impulsadas por pensadores y autores políticos españoles como Feijón, Campomanes, Floridablanca y Arana, y en especial con las expediciones botánicas, programadas en México, Colombia, Perú y algunas otras posesiones del imperio, el pensamiento político de la Ilustración española y en general europea, hace su ingreso en las tierras de América conquistando adeptos.

Pero nuevos movimientos europeos siguen acentuando la unidad de situaciones en nuestros países. Con la revolución industrial Europa modifica tanto los sistemas de producción como las formas de vida. La vinculación al mercado mundial se hace cumpliendo las premisas esbozadas por Adam Smith «en el origen de la riqueza de las naciones» y surgen por la liberación del comercio los primeros grupos burgueses que se forman en las actividades comerciales y en cierta medida financieras que aprenden de los ingleses que están regados por todo el continente.

Latinoamérica sintió otra vez las presiones y las coacciones que provenían del foco alrededor del cual giraba su vida económica, social y cultural y respondió operando ciertos cambios para adecuarse a la nueva situación. Pero no fueron en todas partes los mismos estímulos y una vez más las contradicciones se acentuarán entre el desarrollo local espontáneo y las determinaciones exógenas que colocaban toda el área latinoamericana en situación con respecto a los núcleos de los que dependía.

El sistema de ideas medievales que ordenó la vida de los primeros grupos colonizadores fraguó con los esquemas de la estructura socioeconómica del siglo XVI. Casi no hubo fisuras en él, pero los impactos del pensamiento de la ilustración el cual se apropiaban hombres como Caldas, Boquifano, Unanue, Espejo, Manuel Belacano, Jorge Tadeo Lozano y que recibieron el impulso de los viajes de Alejandro von Humboldt, produjeron sucesivamente en frentamientos con aquel sistema y sus secuelas provocando curiosos y variados casos de reelaboración doctrinaria, al compás del uso que se hacía de este sistema ideológico para interpretar y modificar la realidad.

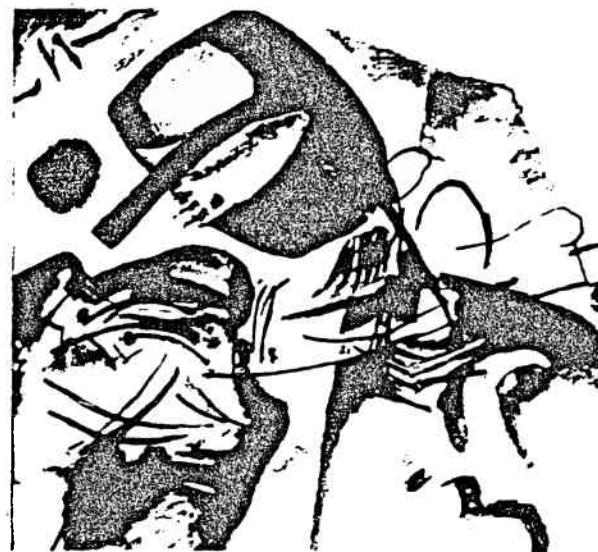
El pensamiento político latinoamericano, que separa la potestad espiritual y temporal, y busca nuevas formas e ideas para orientar la vida social y cultural, encuentra en el pensamiento de la Ilustración y en los modelos de las revoluciones norteamericanas y francesa, un fuerte catalizador. Hacia el y hacia los hombres que lo difundieron y que pusieron las bases intelectuales de nuestras guerras de independencia dirigiremos ahora nuestra mirada.

La ilustración

El capítulo noveno de la monumental obra de Picón Salas citada, titulado *Visperas de la Revolución* se abre con el acápite «Cosmopolitismo e ideales humanos de la época».

Las sociedades de amigos del país establecidas en la península desde 1758 y creadas para mejorar la industria popular y los oficios, los secretos de las artes y las máquinas, facilitar las maniobras y auxiliar la enseñanza» comienzan a crearse en América y orientan la mentalidad criolla hacia una tarea más realista y concreta.

El hombre del siglo XVIII en América cuyo más acabado retrato lo tenemos con Pablo de Olavide y Francisco Miranda, no quiere más el encierro a que lo habían sometido la contrarreforma y el barroco, quiere encontrarse con una nueva época internacional. El mundo parece angostarse. El hombre del s. XVIII quiere saber no solo en profundidad investigadora, sino en dimensión especial y aspira con su racionalismo sistematizador a ponerlo todo en duda.



Una historia del pensamiento hispanoamericano que deseé enfrentarse con la ilustración debe tener en cuenta más que personalidades aisladas, un proceso y mirar el signo espiritual común, más allá de las vocaciones y las diferencias individuales. «En ese sueño que ya surge de una América libre y próspera, la mordacidad y le sarcasmo con que censura lo viejo, tiene la misma eficacia que el entusiasmo con que se exaltan las más recientes utopías. Fervor ante el futuro y causticidad para juzgar el pasado coexisten en personalidades de la vida tan rica y a veces tan contradictoria, como la de los precursores de nuestra independencia».

Mirarán el libro de la naturaleza y aprenderán a valorar nuestras riquezas, y de allí pasarán al estudio de la sociedad. «Los métodos de medición y análisis a la ciencia naturalista desean trasladarlos con un rigor semejante a los fenómenos sociales. Crítica educativa y crítica económica preceden a la dialéctica política que habrá de ponerse en juego en los días de la independencia».

Es en el pensamiento de la ilustración donde se forman Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo, Manuel Belgrano, Francisco Javier Eugenio Espejo, Hipólito Unanue, José Bagújano, Bernardo O'Higgins, José de San Martín, Bernardo Rivadavia y el hombre que tuvo como muestras al licenciado Sanz, a Andrés Bello y a Simón Rodríguez. Con ellos un nuevo día ha comenzado en América Latina.

El siglo XIX comienza en América Latina con dos grupos: por un lado estaban «las burguesías» urbanas que fueron los que dieron nuestros hombres de la independencia y quienes asumieron las ideas de la ilustración. Por el otro estaban los hidalgos que en el campo y algunas veces mimetizados en la ciudad seguían siendo fieles a unos valores que les venían de la Casa Grande, y que se mantuvieron intactos desde Jerofonte y Aristóteles hasta la época

moderna en lo que Otto Brunner llama la Oeconómica. Esta legó los conceptos fundamentales de la teoría de la casa a través de los siglos. Para los teóricos de esta ciencia la oeconomía no era otra cosa que una doctrina moral para los padres de familia y las madres amas de casa, para los hijos y la servidumbre. La oeconomía es literalmente la teoría del oikos de la casa-grande, y abarca la totalidad de las relaciones y actividades humanas de la casa, la relación de hombre-mujer, de padres e hijos, de señor de la casa y servidumbre (esclavos) y el cumplimiento de las tareas puestas en la economía doméstica y agraria. La casa o la hacienda en la Edad Media protege a los que viven en paz en ella y es responsable por ellos. De aquí que el señor de la casa, como lo muestran derechos urbanos y aldeanos, posee un amplio derecho de castigo sobre su gente y también sobre la servidumbre. La capacidad de acción independiente de las personas que viven en la casa se hallaba estrechamente reducida en el campo del derecho de familia de bienes. Solo el señor de la casa poseía derechos políticos. En la comunidad de la ciudad y de la aldea, la casa propia era presupuesto del ejercicio de los plenos derechos políticos. Por eso podían ser poseídos solamente por hombres, con raras excepciones también por viudas que dirigían la casa».

La conquista y la colonización española que se habían hecho a partir de ciudades y con la creación de unas instituciones que otorgaban la propiedad de la tierra y las minas y la mano de obra a los europeos, comparte estos valores y como esperamos mostrarlo más adelante, le dieron la base al pensamiento antimoderno que personificó Laureano Gómez.

A partir de esta época, el siglo XIX, la idea de Europa se diferencia marcadamente sobre todo de la idea de España. Para unos y otros, para tradicionalistas y progresistas. España fue la tradición y Europa el cambio.

Pero uno y otro significado adquirían distinto valor según la tendencia de los grupos sociales, sin que fuera todavía evidente que se excluyan necesariamente. Los afrancesados admitían la hipótesis de que España se sumaría a la política de cambio en tanto que los tradicionalistas confiaban en que España volviera a sus viejos cañones, como lo intentó la Santa Alianza. España fue el pasado y Europa que representaba la libertad de conciencia, el pensamiento racional, la ciencia moderna, el desarrollo técnico, la libertad de comercio, fue el presente y el futuro».

El historiador de la burguesía europea, José Luis Romero, cuya obra se dividió en dos frentes claramente delineados, empieza su libro **El pensamiento político de la derecha latinoamericana** tratando de encontrar unas pautas seguras que excluyan la improvisación y el uso de generalizaciones encegadoras. La derecha podía ser estudiada como clases dominantes, como los representantes de la burguesía en su enfrentamiento con el proletariado, pero si se utiliza un criterio socioeconómico y sociocultural vemos que han sido considerados de derecha los grupos que han defendido el mantenimiento incólume de las tradicionales estructuras socioeconómicas y socioculturales, cuyo fundamento arranca en el ordenamiento

colonial. Esta acción supone una acción política emprendida al insinuarse un ataque que ameace o vulnere esa estructura.

La casa grande empieza su decadencia con el descubrimiento de la circulación económica hecho por Quesnoy y Adam Smith. Con las estructuras señoriales que desfilan por las novelas escritas en el siglo XIX en nuestro suelo con María, es opacada por una estructura liberal-burgués, que acogiendo las ideas de la revolución francesa, suprime los mayorazgos, reemplaza la teoría de la desigualdad natural mantenida intacta desde Aristóteles por la de la igualdad natural esbozada por Rousseau, haciendo posible la eliminación del esclavismo y del trabajo servil indígena. Se buscó la modernización del sistema empresarial. El positivismo de estirpe comteana o spenceriana fue el primer paso en la secularización de la sociedad, al cual

siguió como dogma nuevo el utilitarismo. Pero Colombia con sus incipientes clases medias, su indiferenciación en la actividad económica, cierra su siglo XIX asediada por el neotomismo, y la condena de todos «los errores modernos».

Laureano Gómez, su último capítulo

El 7 de agosto de 1934, el Doctor Laureano Gómez, tal vez vestido de negro y después de haber asistido a su misa habitual, tomó en su cargo de presidente del senado, el juramento con el cual se posesionaba el nuevo jefe de la Nación. El gentleman Alfonso López Pumarejo, con sus audaces hombres menores de 40 años, despuntó su gobierno señalando la necesidad de mejorar las condiciones en que se mueve la administración de la justicia a fin de que pueda gozar de su principal elemento: La independencia del poder judicial. El reformista moderado insistió

en la necesidad de un estado demoliberal laico y se decidió a enfrentar uno de los problemas decisivos de cualquier intento modernizador, la tenencia de la tierra. La ley 200 de 1936, conocida y vista entre nosotros como la más audaz reforma agraria, con lo que se revela la trivialidad de nuestro pensamiento, pretendía resolver el conflicto sobre bienes raíces rurales entre el poseedor inscrito y el poseedor material, consagrando la prevalencia de este último. Aclaraba el procedimiento para el reconocimiento de mejoras para los tenedores y se garantizaba un efectivo ejercicio de Derecho de prescripción.

La modernidad está ligada a la organización del trabajo formalmente libre. La ley de tierras abrió al liberalismo y a López la difícil situación del trabajo y «fue un asunto que recibió la atención merecida: salarios, jornadas laborales, prestaciones sociales, condiciones de salud y garantías para el trabajo acompañaron la conformación de sindicatos beligerantes con poder de negociación y participación activa en los paros y las huelgas» las cuales se pretendía que no terminaran en un río de sangre como la célebre matanza de las bananeras».

... de un momento a otro había más gente, que se movía más, que gritaba más, que tenía más iniciativa, más gente que abandonaba la pasividad y demostraba que estaba dispuesta a participar, como fuera, de la vida colectiva. Y de hecho hubo más gente, y en poco tiempo se vió que constituía una fuerza nueva que crecía como un torrente y cuyas voces sonaban como un clamor.

A la ley de tierras y la organización del trabajo subyacía el deseo de adoptar soluciones adecuadas a las demandas y protestas más justas de unas masas que empezaban a cambiar la fisonomía nacional, acelerando el tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad moderna. Como dice Romero «de un momento a otro había más gente, que se movía más, que gritaba más, que tenía más iniciativa, más gente que abandonaba la pasividad y demostraba que estaba dispuesta a participar como fuera de la vida colectiva. Y de hecho hubo más gente, y en poco tiempo se vió que constituía una fuerza nueva que crecía como un torrente y cuyas voces sonaban como un clamor. Hubo una especie de explosión de gente en la que no se podía medir exactamente cuánto era el mayor número y cuanta era la mayor

decisión de muchos por conseguir que se contara con ellos y se los oyera».

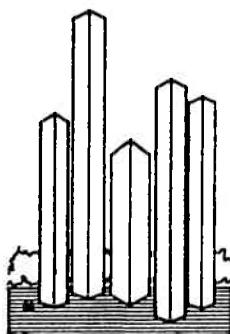
López, como dice nuestra guía para el período, expuso la tesis incontrovertible de un examen inaplazable de la propiedad rural, la necesidad de captar nuevos dineros por medio de tributos directos a los capitales, el fortalecimiento del estado como un mediador de los conflictos que se presentaran en la sociedad, y logró establecer las bases positivas para la protección del trabajo. Sin dejar de lado la reforma a la educación primaria y superior, para la cual organizó la Universidad Nacional y la Escuela Normal Superior.

La retractación no se hizo esperar y entre diciembre de 1936 y agosto de 1938, las ambigüedades y el abandono de sus iniciales proyectos permitieron el arribo del primer representante de la democracia entendida según el diario capitalino *El Tiempo*.

En este punto comienza la lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado, para decirlo con palabras de Marcuse, uno de los hombres que está en la base de lo que ahora llamamos Postmodernidad.

Marcuse que hacía parte del Instituto para la Investigación Social, fundado por Horkheimer en Frankfurt, golpeado por los sucesos europeos que se encadenaron entre la toma de poder por Mussolini en octubre de 1922 a la llegada de Hitler al poder en Alemania en 1933 y la caída de la república española en 1936, escribió entre 1934 y 1938 una serie de ensayos que aparecieron publicados bajo el nombre de *Cultura y Sociedad*, con los cuales seguía fiel a la misión de la filosofía formulada por Hegel de «elevar el propio tiempo a la categoría de conceptos» y con ello oponerse al fracaso total.

Su ensayo, tal como lo ha señalado reiteradamente Rafael Gutiérrez Girardot, puede ser aplicado a lo suce-



13

dido en Colombia entre 1938 y 1953. Allí leemos la lucha contra el liberalismo que se inició en un ámbito alejado del político: como polémica filosófica y científica contra el racionalismo, el individualismo y el materialismo del siglo XIX. Utilizó la interpretación del acontecer histórico-social en términos de un acontecer orgánico natural yendo más allá de los resortes reales (económicos y sociales) de la historia entrando a la esfera de la naturaleza eterna e inmutable. La naturaleza es concebida como una dimensión de origen mítico (acertadamente caracterizada por los dos conceptos sangre y tierra, y que para nuestro caso fue España y religión católica), que se presenta siempre como dimensión prehistórica; más adelante agrega: cuando preguntamos a los ideólogos de esta nueva concepción del mundo qué es lo que atacan en el liberalismo nos hablan de «las ideas de 1789» del humanismo y pacifismo afe-
minados, del intelectualismo occidental, del individualismo egoista, de la entrega de la nación y del estado a la lucha de intereses que determinados grupos sociales, de un igualitarismo abstracto, del sistema de partidos políticos, de la hipertrófia de la economía, del tecnicismo y del materialismo disolventes. Esta son las manifestaciones más concretas, muchas veces el concepto liberal sirve exclusivamente para disamar: «liberal es el enemigo

político, cuaquiera sea su posición y, en tanto tal, es simplemente la encarnación del mal»... Marcuse continúa su implacable análisis y divide la crítica en lo que para él son sus tres componentes constitutivos: naturalismo, universalismo y existencialismo. Para lo que aquí nos ocupa interesan los dos primeros. «La preeminencia del todo con respecto a los miembros es una tesis fundamental: el todo entendido no como suma o como una totalidad abstracta sino como la unidad que unifica a las partes, en la que cada parte se realiza y completa... La primera y última totalidad que constituye el fundamento y límite de todo vínculo es, en tanto orgánico y natural, la realidad auténtica querida por Dios, eterna en oposición a la realidad inorgánica derivada de la sociedad... El pueblo, dice hablando de naturalismo, está condicionado por la sangre: de la patria, de la tierra, para nuestro caso de nuestra naturaleza católica, extrae su fuerza duradera e inquebrantable, el carácter de la raza, cuya pureza es condición de la salud del pueblo, le da unidad». Hasta aquí Marcuse.

Antes de 1936 Laureano Gómez era sin lugar a dudas un fervoroso católico. Así lo hizo saber desde un principio, pero hay cierto matiz en sus opiniones que llevan a pensar que los acontecimientos europeos, más concretamente españoles, y la primera presidencia de López lo llevaron al paciente fanatismo del cual hizo gala a partir de ese momento.

El 10 de diciembre de 1920 Gómez, escribió un artículo que llevaba por título el *Centenario del protestantismo*. «Cumplese hoy el cuarto centenario de aquel trágico día, tan doloroso para el catolicismo como funesto para la Europa entera, donde inició una etapa de cruentísimas luchas, pero tal efemérides es para el mundo protestante la del principio solemne y estruendoso de su combate cuatro veces secular contra la sede romana y el primer paso definiti-

vamente rebelde contra el dogma católico y la autoridad de los pontífices. Pero matizaba sus opiniones proponiéndole al lector dos opiniones, la elogiosa de Carlyle y la negativa de un católico alemán para terminar afirmando que el protestantismo fue desde sus orígenes la lucha alemana contra el latinismo. Nada de esto aparece ya en artículos como «Breves apuntes sobre Erasmo» publicados en la revista colombiana el 15 de julio de 1937. Allí el hombre con el cual comienza la idea de tolerancia y respeto por el otro solo es el que con sus venenosas burlas contribuyó en familia a crear el ambiente que hizo fácil la obra demoledora de Lutero. De ahí la célebre frase que ha recorrido el mundo como una concreción del origen de la Reforma: Erasmo puso el huevo y Lutero lo empolló. El pernicioso influjo del humanista se hizo evidente el entusiasmo ciego de sus discípulos por la antigüedad clásica y el menosprecio por la ciencia eclesiástica medieval; pues acostumbró a los jóvenes a preferir a las serias investigaciones filosóficas y científicas, la retórica y los artificios de estilo como signos y objetos de la cultura superior, terminando su artículo con la siguiente frase: «Para infundir a las nuevas generacio-

nes ideas (que en el no son nada diferente a dogma) y convicciones profundas (por las cuales se combate a muerte, como lo manifiesta reiteradamente) no es adecuada la evocación de Erasmo. Ella sirve muy bien si se quiere fundar una escuela de escepticismo, pero esta ya no sería para una juventud vigorosa sino para la vejez ecléctica y vacilante».

Este hombre que había nacido el 20 de febrero de 1889 empezó su continuado y pertinaz deseo de guerra en 1936 con su artículo titulado La constitución de 1886 publicado en El Siglo el 6 de agosto. En él la reforma constitucional del 36 era pura obra de barbarie y destrozos. No hay ninguna nueva garantía inscrita en la carta fundamental, ningún derecho protegido mejor, ninguna muralla erigida contra el abuso del poder, ninguna seguridad ofrecida a los colombianos sobre la eficacia y pulcritud de la gente del gobierno.

Muy al contrario la llamada reforma consiste en borrar de la carta las protecciones allí establecidas a ciertos principios esenciales para la civilización, la paz de las conciencias y la cultura civil que había dignificado la historia colombiana. Se entrega la vida del país a la

zozobra de los asaltos legislativos; se destruye la supremacía de la constitución que es la primera, acaso, de las presas del régimen democrático; porque sin el aspecto religioso y moral todos los atentados van a ser posibles y todas las iniquidades e injusticias encuentran allanada la vía, en el terreno económico y civil se ha dado terrible y mortal golpe al principio básico de la civilización occidental: el de la propiedad, legisladores ocasionales o interesados, o inconscientes o ineptos, o desalmados o ilusos, o ignorantes harán cada año de este principio una edición peculiar y acomodaticia. La confianza ha desaparecido, Colombia ya no es un país para el hombre honrado y de trabajo, pues no se sabe qué suerte van a correr los frutos de su esfuerzo. Por la obra mil veces maldita de los Eróstratos actuales, esta tierra queda entregada el frenesí de los inocuos, de los violentos de los holgazanes coléricos... »Patria: te amenaza la barbarie desenfrenada que acecha el instante de aniquilarte. Más no se destruirá la fisonomía civil de Colombia quedando uno solo de los que conocieron la gloria de vivir bajo la égida de la libertad y el orden».

La crítica antiliberal y antimoderna encuentra su punto culminante en la intervenciones públicas, que realizó entre 1938 y 1940. En 1935 durante la primera administración de López Pumarejo los directores del Partido Conservador Pedro Berrio y Gómez decretaron la abstracción electoral. En 1938 cuando Santos llegó a la presidencia proclamó una política de convivencia y pidió al conservatismo que retomara a las urnas. El conservatismo aceptó el llamado de Santos y se prestó a intervenir en las elecciones de 1939.

El 26 de noviembre de 1938 Gómez se dirigió a la Convención conservadora de Nariño en estos términos: «El movimiento racionalista quiso mostrar la posibilidad del reinado de la razón sobre la naturaleza, con total olvido del dominio de lo sobrenatural sobre la razón y ese trastocamiento de los valores tradiciona-



les ha sido fatal para la misma inteligencia que se ahoga entre el piélagos de una materia incomprendible e incoercible, celosa de que se establezca el imperio de esa razón independiente, por lo cual agravó hasta la suma los enigmas de su esencia y de su existencia, y demuestra que no era aquella sino una atrevida y vana empresa de fatuidad»... De allí pasa a criticar las ideas de 1789. La revolución no logró realizar sus propósitos. Hizo la declaración de los derechos del hombre para violarla en magnitud desezurada, con la cuchilla de la guillotina. La revolución fue un fracaso porque no supo, no pudo, no alcanzó a dar a la

Enrarecido el ambiente político por las ambigüedades y claudicaciones del liberalismo, la concepción católica del mundo y de la vida de Laureano Gómez, -la cual declaraba haber tomado del Sylabus Quadragesimo Anno y Rerum Novarum- encontró en un momento fatal para Colombia, las vías para llegar al poder.

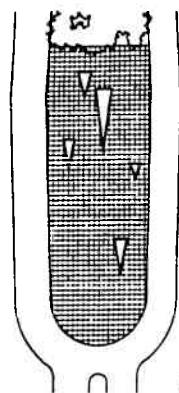
La crisis del liberalismo, comenta Juan Guillermo Gómez, abrió paso a otros tiempos, a tiempos misionales como el que estamos viviendo, en los que renacería la propiedad (sin objetivos y sin límites), la familia, la corporación, la ciudad, la patria y la Iglesia.

Al comenzar el análisis de los grupos que conformaría el derecho latinoamericano dice Romero que estaban los que querían la restauración de un orden jerárquico, el fortalecimiento del nacionalismo y un sistema de normas y principios en el que se mezclaban herrumbados, prejuicios señoriales con los más adocenados y vulgares prejuicios burgueses. El conjunto pareció poseer un carisma especial y halló repercusión en vastos sectores, porque junto a eso aparecieron signos de cierto antiimperialismo nacionalista, de una admisión de los principios de justicia social, de una reivindicación hispánica y de una inequívoca tendencia a denunciar la falacia de una democracia liberal que más de una vez había sido utilizada como máscara por las oligarquías para su propio beneficio. El haz de la derecha quedó pues integrado con una fibra más, que introducía en el conjunto una nueva inflexión, la aceptación del cambio para orientarlo de acuerdo con un sistema tradicional de fines, entre los cuales aparecían los que un catolicismo renovado, o en trance de renovación, revestía de modernidad».

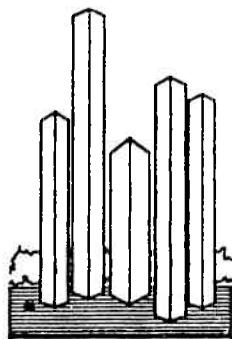
Laureano Gómez representó entre nosotros esa mezcla de rencor, fanatismo, designio providencial, nacionalismo reaccionario y agresivo, montado ya no sobre la sangre y la tierra, como en Europa, sino en la cólera y el odio de todo aquello que puso en duda el dogma cató-

lico. Para él, el marxismo, la Reforma, el Renacimiento, el humanismo, las teorías de la circulación económica, las nuevas concepciones de la propiedad, el lucro, los fisiócratas, las ideas de 1789, ideas nefandas las llamó una y otra vez, eran enemigos a los que era necesario exterminar, y es solo, en su oposición contra lo moderno que también incluye el expresionismo, donde su pensamiento revela una total coherencia pero también una completa desgracia para esta Colombia de aquí y de ahora.

Si quisieramos encontrar una característica que define el proyecto moderno oc-



humanidad un solo día de muestra de esa libertad desafectada y de esa dignidad atea anunciada jactanciosamente en sus proclamas subversivas. La revolución traía la tiranía y el envilecimiento del hombre». El partido conservador, más claramente católico, ha visto con luminosa precisión la gravedad de la hora, se ha incorporado en toda la imponente majestad de su estatura para acudir a la gran lucha contra las potencias del infierno; a esta lucha siguieron otras que por sus solos títulos: la bancarrota del liberalismo, el espectro del comunismo, la posición conservadora: el peor enemigo (el moderado) demuestran que allí no hay una posición política racionalizada ni argumentada, sino el deseo de volver a nuestro país una especie de cristolandia según las palabras del cura de la Universidad Javeriana, Félix Restrepo.



idental en su conjunto, tal vez ella sea el rechazo de lo trascendente, del transmundo, como fundamento de todos los órdenes de la vida social. El ser moderno, dice Lisímaco Parra, impugna como prejuicio la preexistencia de una realidad natural pensada como ordenamiento cósmico, frente al cual el conocimiento consiste en la reproducción pasiva de dicha armonía, impugna el prejuicio de una realidad social vivida como cosmos regido y garantizado en última instancia por principios divinos y/o provenientes de una tradición que tendría que ser aceptada pasivamente. Impugna el prejuicio según el cual una genuina sensibilidad tendría que conformarse, en el ámbito de la vocación artística, con la reproducción de canones de perfección presentes ya en la "naturaleza" y "utilizados" por los "clásicos". El ser moderno disuelve también todos aquellos vínculos sociales que impiden

el libre desarrollo de las fuerzas productivas la secularización, de la cual forma parte la "desimaginación del mundo" de que hablara Max Weber, es la característica del ser moderno, que junto a la crítica devastada del mundo ha de hacer suyo el doble reto de asumir sus propias contradicciones, y constituye otro mundo, por definición siempre nuevo".

Como ejercicio quisiera que compararan escritos de Laureano Gómez como "Nuestro Ideario", "La armadura carcomida", "La Cabeza del Cardenal Richelieu, o "El expresionismo como sistema de pereza e inhabilidad en el arte", con lo que se llama la característica fundamental del ser moderno.

En su discurso de posesión, Laureano decía: "Las gloriosas tradiciones de la Patria estuvieron suficientemente anidadas en la conciencia del pueblo para poder resistir victoriamente los embates con que se quiso colocar la nación sobre la resbaladiza pendiente de un materialismo pragmático cuya proclividad ineludible habría arrastrado al aherrojamiento del estado marxista. Cuando se borró el nombre de Dios del preámbulo de la constitución, cuando se adulteraron los sanos principios que regían la sana y benéfica concordia entre las potestades civiles y espirituales, cuando la juventud fue sometida en la universidad y en las escuelas normales a un desembozo magisterial de naturaleza y ateísmo, adelantaba un proceso de desfiguración del alma nacional y destrucción de nuestra noble patria libre y cristiana, dándonos en cambio una estructura contrahecha que forzara al pueblo a transitar venurosos caminos revolucionarios".

Qué quedó del tibio proyecto reformista de López: la Universidad Nacional desarticulada, la cual vió cómo se montaba la macartización para el "judío o el rojo comunista", que en este caso podía ser un hombre de la trayectoria de Jaime García Banus; la Escuela Normal perseguida hasta el punto de obligarla al cierre; la ley

de tierras sin aplicación, y el poder para los Javerianos comandados por el Jesuita Félix Restrepo, en una historia que está por escribirse.

Pero ya nos había dado el remedio Laureano Gómez: "los hombres nos somos sino briznas de hierba en las manos de Dios, quiera su mano omnipotente salvar a Colombia".

¿Eran posibles otras respuestas?

En la década del 30, un escritor argentino pronunció en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, una conferencia que llevaba por título "El escritor argentino y la tradición". "Quiero formular y justificar algunas proposiciones escépticas sobre el problema del escritor argentino y la tradición. Mi esceticismo no se refiere a la dificultad o imposibilidad de resolverlo, sino a la existencia misma del problema. Creo que nos enfrenta un tema retórico, apto para desarrollos patéticos más que de una verdadera dificultad mental, entiendo que se trata de una apariencia, de un simulacro, de un pseudoproblema". Comenzó su breve exposición tratando de explicar cuáles eran las soluciones propuestas: la tradición literaria argentina ya existe en la poesía gauchesca, la tradición a la que debemos acogernos ya existe y esa tradición es la literatura española, la que viene a decir que nosotros los argentinos esta-

mos desvinculados del pasado, que ha habido como una solución de continuidad entre nosotros y Europa, y por fin su respuesta. Cuál es la tradición argentina? Creo que podemos contestar fácilmente y que no hay problema en esta pregunta. Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental.

Borges siempre mantuvo la misma convicción. En un coloquio con estudiantes de la universidad del Plata en 1985 respondió: creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, lo cual incluye la Biblia, que es por lo menos mitad oriente.

Para él no había exclusiones rencorosas, ni impotencia, ni condición de inferioridad. Cuánta diferencia hay entre dos respuestas contemporáneas. Como siempre la mejor respuesta viene del arte, o la filosofía, que un buen amigo prefiere como género literario.

Borges dice, repito, que no debemos temer, y que debemos ensayar todos los temas, y podemos concentrarnos a lo argentino, agreguemos a la española o colombiana: porque o serlo es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser lo uno o lo otro es una mera afectación, una máscara.



